

La invasión (por: Tempo D.H)

Oigo un pitido entrecortado proviniendo del entorno en el que me encuentro. No recuerdo haber puesto algo en el microondas, por lo que abro los ojos para revisar de dónde proviene el molesto sonido.

Al abrirlos soy cegada por una luz blanca que me obliga a cerrarlos de nuevo. Me veo obligada a abrirlos más lentamente y en esta ocasión soy recibida con la vista de un techo gris y aburrido.

El techo de mi casa es celeste. Pienso, aunque tarde en procesar ese echo.

Entonces me levanto abruptamente y doy un vistazo a mi alrededor, ignorando el bipido insistente de la máquina en la que estoy conectada.

Y entonces lo recuerdo todo. Recuerdo cómo tras la *Invasión*, mi familia empacó todo y se fue a esconder. Cómo conseguimos pasar desapercibidos mientras nuestros conocidos eran asesinados o capturados para ser experimentado.

La memoria de un soldado encontrando nuestro escondite surge en mi mente nublada.

Una mujer entra al cubículo en el que he sido encerrada. Parece amable, pero tras meses de espiar a los *Invasores*, he aprendido a no confiar en nadie.

Cuando se acerca a tocarme, intento saltar de la cama en la que me pusieron, solo para ser detenida por soldados que juro, aparecieron de la nada.

Empiezo a gritar.

La siguiente vez que despierto, estoy amarrada a la cama. Una mujer, — no la misma de antes—, me dice que lo hicieron por mi propia protección. No me importa escuchar aquello. Mi mente, incluso bajo el efecto del sedante que me tuvieron que haber dado para dormirme antes, no deja de pensar en mis padres y hermano.

Recuerdo que estábamos en el carro, huyendo de los *Invasores* que nos habían encontrado. Recuerdo que mi papá llegó a una curva que conducía a un callejón sin salida. Que todos comenzamos a gritar mientras las balas atravesaban el acero de nuestro vehículo familiar.

“Tu hermano está en condición crítica. Tus padres fallecieron.” No capto las palabras dichas hasta que la mujer se va. Deja atrás un vaso con pastillas verdes.

No sé cuándo desató mis muñecas, pero ahora puedo mover mis brazos para alcanzar el vaso y tirarlo al suelo de mármol.

—*No pienso tomar las pastillas. Sé lo que son.*—

Nada de eso importa realmente. Grito por el asesinato de mis padres.

Después de la *Invasión*, mi amiga Carla fue secuestrada, su familia fue asesinada en la plaza central de la ciudad, a veinte minutos de donde vivían. Sin embargo, cuando llegó al colegio una semana después, solo hablaba de la bondad de los *invasores* que mataron a su madre y hermanas.

Me mostró las mismas pastillas que yacían en el piso de mi celda y habló sobre cómo le habían abierto la mente.

Dos semanas después, los *invasores* habían decidido apurar sus planes del mal y comenzaron a asesinar sin más espectáculos, dejando solo un miembro de cada familia con vida. El escogido terminaba con el cerebro lavado.

Fue entonces cuando mi madre nos cogió a todos para ocultarnos.

Algún tiempo después, (no tengo forma de saberlo encerrada en el cubo gris), cinco hombres grandes entran al lugar en el que residí, atrapada.

Pasan unos minutos revisando las máquinas en las que estoy conectada, me amarran nuevamente las muñecas y me arrepiento por no haber desatado las amarraduras de mis otras extremidades. Porqu, incluso estando parcialmente pegada a la cama, la culpa de ni siquiera haberlo intentado me estaba comiendo por dentro.

Uno de los hombres me coge entonces de la cara y me obliga a tragar cinco pastillas verdes.

No sé cuánto tiempo he pasado en la facilidad. Me cambiaron de cubo a uno con una ventana, por la que puedo ver pasar a los *invasores* a todas horas del día.

Me han dicho de la muerte cerebral de mi hermano y de cómo, al haber ya cumplido dieciocho, tengo el derecho de desconectarlo.

Todo lo que escucho, son los gritos de dolor, de la mujer que está instalada en el cubo de a lado.

Me rehusó a hablar.

Mi cabello llega ya a mi cadera cuando le dirijo la palabra a uno de los *invasores* por primera vez.

Lo insulto por haber matado a la mujer de a lado, que dejó de gritar cuando él entró a verla hace unos días.

Termino en una habitación de esponja, y con una camisa de fuerza.

“Si no colaboras, nunca podrás salir de aquí”, me dice el hombre al que insulté.

“Me alegro”, digo recordando la forma en la que Carla llegó tras su tiempo en la facilidad.

-=-=-=-=-

El doctor Franco había sido el encargado del caso de la familia Gozáles desde que entraron al hospital tras su accidente. Nunca trató a los padres, que no pasaron del salón de traumas, pero estuvo presente en las operaciones de los hermanos.

Había tenido esperanza de una buena recuperación cuando Ana despertó por primera y habló con una enfermera, antes de volver a dormirse a causa de la anestesia que continuaba en su sistema.

Horas después, Ana despertaría por segunda vez, aunque ahora, gritando sobre invasiones y escondites encontrados. La enfermera confiesa haber leído un libro de ficción a la paciente mientras dormía. Nada grave, pero decide pedir al jefe de enfermería que asignara a alguien más a su paciente, para evitar otro episodio como el anterior.

Esa táctica no funciona. Después de una semana, Franco confirma la recuperación física de Ana, pero no puede evitar preocuparse por la degradación mental de la chica. Decide entonces moverla a otra sección del hospital. En ella, tratan a personas con desórdenes mentales, por lo que cree que ahí, Ana podría recuperarse.

No vuelve a oír de ella en un buen tiempo.

Desconecta a José González un jueves por la tarde. Legalmente necesitaba el consentimiento de su guardián, pero su hermana no estaba en un buen estado para tomar la decisión.

De todas formas manda a que le avisen.

Medio año después, Franco es llamado al ala psiquiátrica por un intento de suicidio de una de las pacientes. Se había apuñalado el torso y él era el único doctor disponible en el momento para tratar una herida así.

Logran salvarla, pero deciden mandarla a un psiquiátrico mejor equipado, donde podrá recibir una ayuda mejor.

No sabe por qué, pero días después del intento de suicidio, decide aparecerse nuevamente en el ala psiquiátrica del hospital, en donde ve a Ana a través de la ventana de su habitación.

Se ve cansada pero saludable y no está atada a la cama, lo que lo hace sonreír y entrar al cuarto.

La mujer se abalanza a su cara, rasguñándolo hasta que siente el sabor metálico de la sangre en sus labios.

Ana habla sobre invasiones y asesinos y bastardos.

Un mes después, va al psiquiátrico en el que la metieron, y al verla en camisa de fuerza con su cabello enmarañado y ojos perdidos, no puede evitar sentirse culpable.

Al final, no pudo salvar ni a un miembro de aquella familia que había estado en un accidente de tránsito.

De camino a la salida ve a Carla, la enfermera que había leído a Ana mientras estaba inconsciente. El doctor entiende la culpa que ve en los ojos de la joven, no mucho mayor a su antigua paciente.